

El don de la palabra

Antonio Izquierdo García

Profesor de N. T., Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

¿Qué es la palabra? ¿Desde cuándo existe? ¿Quién la ha creado? ¿Por qué la palabra y no el silencio? ¿Cuál es la fuerza y la debilidad de la palabra? Estas y otras preguntas surgen en la mente humana cuando reflexiona, aunque sea sólo un poco, sobre esta realidad tan presente y tan misteriosa de la palabra humana.

La palabra es una voz, un nombre que resuena dentro del alma humana, pero ¿sólo una voz interior? La palabra es un sonido que sale de unos labios humanos. ¿Sólo un sonido? La palabra es un conjunto de sílabas formadas por letras. ¿Nada más? La palabra es todo eso: voz interior, que se traduce en sonido lingüístico y está formada por letras que unidas tienen un sentido. El viento brama a lo lejos, la vaca muge y el león ruge, el cuervo grazna y el jilguero canta, pero sólo el hombre habla. Porque como dice Aristóteles: La palabra es un don que Dios no ha dado a los animales sino sólo a los hombres.

Los niños nacen sin poder ni saber hablar. Los mudos están privados del habla. A veces nos quedamos cortados, sin palabra por emoción, terror, admiración. Existe la palabra pero existe también el silencio unas veces hiriente, otras, elocuente, otras, amoroso. Existe el lenguaje de las palabras, pero también el del silencio y el de los gestos. Una misma palabra puede estar rica de contenido o vacía, según quien la pronuncie. El niño va aprendiendo a hablar, poco a poco al contacto con sus padres, hermanos y parientes. Pero, ¿quién ha dado el don de la palabra a los padres? ¿Dónde está el origen de la palabra?

“Al principio existía la Palabra y la Palabra estaba orientada hacia Dios y la Palabra era Dios” (Jn 1,1). La palabra es un don dado por Dios al hombre, una participación de la Palabra con que el Padre se dice a sí mismo, con quien eternamente dialoga y por la que eternamente se unen en el amor del Espíritu. La palabra que más participa de la Palabra eterna es la Palabra viva y eficaz de Dios en la creación, y sobre todo en la historia de la salvación; esa palabra eterna que, sin dejar de serlo, se convierte en palabra encarnada (*Verbum incarnatum*) y se traduce en palabras humanas en Jesús de Nazaret.

La palabra es frágil como una caña, y es resistente y dura como la roca. La palabra es débil como un niño y es fuerte y poderosa como un soberano absoluto. La palabra es superficial como el aceite sobre el agua, y es penetrante como una espada. La palabra es variable como los estados de ánimo y es estable e inmutable como los grandes valores del espíritu. La palabra es temporal y caduca, y es duradera y eterna. La palabra es estéril si la siembras en un corazón endurecido y es fecunda cuando cae en la tierra de un corazón generoso y esperanzado. Por eso decía Montaigne: “La palabra es mitad del que la pronuncia, y mitad de quien la escucha”¹.

La palabra informa y desinforma. La palabra ataca y defiende, hiere y sana. La palabra interpela a quien la escucha y ofrece la intimidad de quien habla. Hay palabras que matan y hay palabras que dan vida: “Tus palabras, Señor, son espíritu y vida... Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn. 6, 63.68). En el lenguaje común escuchamos expresiones como: dar la palabra, tomar la palabra, cumplir la palabra, ¡bellas palabras!, ¡Palabras, palabras, palabras...”. Los monjes del desierto, cuando encontraban a un Anciano, solían decirle: Padre, dime una palabra. . Hay dichos como: La palabra vuela, la escritura permanece; las palabras vuelan, los ejemplos atraen; la palabra es mi fuerza. Existe la palabra-sentido (logos) y existe la palabra-acción (dabar). Existe la palabra del pasado, la del presente y la que será pronunciada en el futuro. Existen las palabras muertas, que han caído en desuso, y existen las palabras vivas y siempre actuales. Existen las palabras y existen los sistemas de palabras que constituyen los miles de lenguas de la humanidad. Existen las palabras-fuerza y existen las palabras-clave. Existe La Palabra y existen las palabras. Existe la única Palabra de Dios, y existen los billones y billones de palabras humanas.

La palabra tiene esta extraordinaria flexibilidad, maleabilidad; en ello está su fuerza y su debilidad. Por eso, Santiago (cf 3,10) compara la lengua a un caño de agua, del que puede salir bendición y maldición, del que mana una palabra que edifica y una que destruye. La palabra es un don, pero un don ambivalente. Todo depende de quién lo use, de cómo y cuándo lo use, de para qué lo use. A nosotros nos interesa esta reflexión inicial porque la Palabra de Dios se reviste necesariamente de palabras humanas. “Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano”².

¹ M. E. de Montaigne, *Ensayos*, III, XIII.

² DV 12, a.

LA PALABRA DE DIOS EN PALABRAS HUMANAS

La reflexión sobre la palabra nos conduce como de la mano a la reflexión sobre una palabra especial: la Palabra de Dios. Al reflexionar sobre ella, fijémonos en varios aspectos: el misterio de la Palabra de Dios; el elogio de la Palabra de Dios, la sinfonía de la Palabra en las palabras.

El misterio de la Palabra de Dios

El Dios revelado en Cristo es un Dios escondido, oculto en el sagrario de su misterio. Asomándonos por una rendija al misterio insondable, queremos balbucear algo de lo que con nuestra pobre inteligencia podemos vislumbrar.

Vemos ante todo que Dios no es silencio, sino Palabra; y la vida divina es un diálogo eterno de Logos y Agape, un diálogo del Padre con el Hijo en el Espíritu Santo. Si Dios fuera uno solo en naturaleza y persona, desde toda la eternidad reinaría el silencio, y éste tendría prioridad en Dios sobre la palabra, porque su primera palabra sería *ad extra*, fuera de sí mismo. El acto creador, primera operación divina *ad extra*, no sería “Logos” ni “Agape”, sino “boulema” (voluntad, decisión), dejaría de ser, por tanto, resonancia de una palabra única, eternamente pronunciada en la intimidad del diálogo intratrinitario y expresión temporal de un Agape que eternamente circula entre el Padre y el Hijo bajo el nombre de Espíritu. Sin embargo Dios es único en naturaleza y trino en personas. Las personas divinas se comunican entre sí desde la eternidad. La Palabra de Dios, llena del Agape divino, tiene prioridad sobre cualquier otro atributo. Pues bien, en el Logos eterno del Padre que es el Hijo y en el Agape eterno del Padre hacia el Hijo que es el Espíritu Santo se desarrolla la Palabra de Dios en el tiempo, movido por el Agape eterno, componiendo así la sinfonía de la Palabra de Dios, de la que hablaremos más adelante.

Decir “Palabra de Dios” es usar un lenguaje humano. No decimos “palabras de Dios”, porque la Palabra divina es sólo el Verbo, “Palabra única, perfecta e insuperable del Padre”ⁱ. Nosotros tenemos experiencia y conocimiento de las palabras de los hombres, pero la Palabra de Dios no es igual. Nosotros podemos reflexionar sobre lo que es la palabra humana, pero todo lo que se diga de ella quedará muy lejos de la Palabra de Dios, porque nuestro lenguaje es limitado, se expresa mediante imágenes, es imperfecto y, por tanto, no hemos de “confundir al Dios inefable, incomprensible, invisible, inalcanzable, con nuestras representaciones humanas. “Nuestras palabras humanas que-

dan siempre más acá del Misterio de Dios”³. Pero resulta que a la vez la Palabra divina está en lo más íntimo de las creaturas⁴, en lo más íntimo de las palabras humanas. Por ello, la palabra humana puede ser vehículo de la Palabra de Dios, puede ser un reflejo del esplendor y de la verdad del Verbo eterno. Aquí se inserta, como veremos, la sinfonía maravillosa de la Palabra de Dios.

Dios, desde la eternidad, quiso entrar en diálogo con el hombre, pero sólo puede entablar este diálogo mediante el *dabar*, mediante la palabra. Por eso, la Constitución sobre la Divina Revelación del Vaticano II nos dice que Dios “habla al hombre a la manera humana”⁵. Aquí reside la pobreza y la riqueza, la grandeza y la pequeñez de la palabra humana como Palabra de Dios. Nunca, las palabras humanas, ni siquiera la Palabra de Dios inspirada, cristalizada en la Escritura, será capaz de expresar el misterio que Dios nos quiere revelar, y que la DV lo comunica con estas palabras: “revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad”⁶. A la vez, no hay palabra humana que goce de mayor fuerza, elevación y solidez que la Palabra contenida en la Sagrada Escritura, que alcanza su culminación en Jesucristo, plenitud de la revelación divina por ser la encarnación del Logos eterno.

Elogio de la Palabra de Dios

Este elogio que aquí hago se inspira en la meditación de BXVI durante la 1ª congregación general del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia (6-10-2008). Leuzzi considera esta meditación como una reflexión sobre “el misterio de la Palabra, que ha de ser captada y vivida, acogida y transmitida. Es también el misterio del hombre que está en espera atenta de la Palabra para salir de su soledad existencial”⁷. Para el elogio de la Palabra divina el santo Padre ha partido del salmo 119, en particular de la estrofa correspondiente a la letra hebrea *lamed*, vv. 89-96.

Entre las diversas familias de los salmos (de alabanza, de súplica, de agradecimiento, de confianza, existen algunos cuya finalidad es directamente pe-

³ CIC 65.

⁴ Cf. CIC 300; 370.

⁵ Cf DV 12 a.

⁶ Cf DV 2 a.

⁷ Lorenzo Leuzzi, *La Parola nelle parole. Dal biblicismo al realismo della fede*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2009, p. 19.

dagógica: los salmos de meditación (1, 37, 49, 73, 112, 127, 133). Entre ellos se halla el 119, que es una meditación sobre la Ley, sobre la Palabra. El salmo consta de 22 estrofas (las letras del alfabeto hebreo), compuesta cada uno de ocho versos. Literariamente se trata de un salmo acróstico, en el que cada uno de los versos de una estrofa comienza con la misma letra del alfabeto hebreo.

Es sin lugar a duda el poema más bello sobre la ley y sobre la Palabra de Dios. De la Palabra (*dabar*) se dicen cosas muy bellas: custodiar la Palabra para caminar por una vía recta (v. 9), se suplica a Dios que sea fiel a la Palabra dada a su siervo (v.38), tengo confianza en tu Palabra (v. 40), tu Palabra me da vida (v. 50), he esperado en tu Palabra (v. 74), qué dulces son tus palabras a mi paladar, más que la miel en la boca (v. 103), tu Palabra es una lámpara para mis pasos, luz en mi camino (v. 105), sostenme según tu Palabra y viviré (v. 116), al revelarse, tus Palabras iluminan dando inteligencia a los sencillos (v. 130), el conjunto de tu Palabra es la verdad (v. 160), mi corazón teme tu Palabra (v. 161), por tu Palabra hazme comprender (v. 169).

Repasemos ahora con el Papa el elogio de la Palabra. Son cinco las columnas que sostienen el edificio de este elogio: La Palabra creadora, esperada, escondida, compartida y salvadora.

In aeternum, Domine, verbum tuum constitutum est in caelo...firmasti terram et permanet (v. 89). La Palabra es creadora, está en el origen de todo, es el fundamento de la realidad. Todo existe por la fuerza de la Palabra que permanece para siempre. Toda la realidad, en cambio, está destinada a disolverse en el tiempo. Es sólida la Palabra creadora de Dios porque él es la Roca sobre la que se asienta el universo y toda la creación. Es sólida porque Él es desde siempre y para siempre y, por eso, su Palabra “es la verdadera realidad sobre la cual podemos fundar nuestra vida”. Dios es la Roca de la historia, a la vez que la verdadera realidad que se nos hará presente más allá de la historia, en la eternidad.

Omnia serviunt tibi (v. 91). Toda la creación está en búsqueda y en espera de la Palabra, porque la realidad ha sido creada para ser el lugar del encuentro del hombre con Dios. Por eso, la creación tiende naturalmente hacia la historia de la salvación y se ofrece como lugar donde la historia del hombre se transforma en historia de amor entre él y Dios. “La historia de la salvación es el móvil de todo”; “todo es creado para que exista esta historia”, en cuyo centro está Cristo. La Palabra está en el origen de la creación, ocupa su centro en el Verbo encarnado, la lleva a su término con la luz de su verdad y la fuerza de su amor. Es una Palabra presente en la realidad y en la historia, pero siem-

pre dinámicamente orientada hacia una Palabra definitiva y última al final de la historia. “Todas las cosas están a tu servicio” (v. 91). “Sirviendo al Señor realizamos el objetivo de nuestra propia existencia”. La Palabra de Dios se dilata en la creación, y se humilla viniendo a ser una pequeña criatura para ascender al Padre y llevarse consigo a la eternidad la humanidad y el entero universo. ¿De qué manera? Suscitando en el interior del hombre su búsqueda. La Palabra creadora es también la Palabra buscada y esperada.

Mandata tua exquisivi (v. 94). La Palabra puede no ser comprendida, porque el hombre puede no encontrar la Palabra en las palabras humanas de la Escritura. Estamos ante la Palabra escondida. Se puede, en efecto, conocer y leer la Escritura, pero la Palabra puede restar distante de la existencia del hombre. No basta saber, conocer, esperar el Rostro visible del Dios invisible en las palabras, indicarlo a otros, como hicieron los escribas y fariseos consultados por Herodes en el momento de la llegada de los Magos (cf. Mt 2, 1-8). Hay que tener actitud de búsqueda, ponerse en camino, superar dificultades, llegar al encuentro. Analizar, desentrañar las palabras es obra nuestra, es ciencia; saltar desde las palabras a la altura de la Palabra nos es dado por gracia, por obra del Espíritu en nosotros. La Palabra no es ajena a las palabras de la Escritura, está en ellas, en ellas habita como en su casa. Se requieren ojos creyentes, actitud de búsqueda, lectura orante, corazón amante para llegar hasta el fondo de las palabras y encontrarse con la Palabra de Dios, que hoy me busca para dialogar conmigo.

Omni consummationi vidi finem, latum praeceptum tuum nimis (v. 96). La Palabra nos es dada para compartirla; libera al hombre de los límites estrechos de su contingencia y lo abre a la comunión que supera el tiempo, insertándolo en la comunión eclesial. La Palabra de Dios es la única infinita en el espacio y eterna en el tiempo, porque está más allá del espacio y del tiempo. La Palabra de Dios rompe los límites de nuestras experiencias humanas y nos hace entrar en la comunión con Dios, en la comunión de la Iglesia, hechura del *Logos sarkikos* (el Verbo Encarnado), de la Palabra hecha carne. En esa comunión con la Palabra de Dios, por mediación de la Iglesia, salimos de los límites de nuestro yo naturalista y relativista, tenemos acceso y entramos a la amplitud y plenitud de Dios.

La Palabra además no encierra al hombre en la comunidad que escucha, sino que le abre a la universalidad, porque la Palabra es para todos los pueblos y todas las culturas. En esa comunión con la Palabra, evangelizar no es una especie de colonialismo religioso, una reducción de los otros a la estrechez de mi grupo, de mi comunidad, sino “entrar en la universalidad que une a

todos, nos hace hermanos a todos, a pesar de todas las diversidades”. Abriéndonos a la Palabra, anunciando la Palabra, nos abrimos y anunciamos la “amplitud” de Dios.

Tuus sum ego: salvum me fac (v.). La Palabra es el Rostro de la persona de Cristo, porque Él es la Palabra escondida en las palabras. Su persona es el camino para abrir la Escritura, porque en Él el hombre es alcanzado por la Palabra y hecho capaz de comprenderla. Antes de que nosotros podamos decir al Verbo de Dios: “Yo soy tuyo”, él ya nos lo ha dicho. “Con su encarnación dijo: ‘Yo soy tuyo’. Y en el bautismo me dijo: ‘Yo soy tuyo’. En la sagrada Eucaristía lo dice siempre de nuevo: ‘Yo soy tuyo’, para que nosotros podamos responder: ‘Señor, yo soy tuyo’”. El hombre inserto en Cristo y con Cristo puede vivir una existencia nueva plasmada por la Palabra, que diariamente le sostiene para que diga: Señor, yo soy tuyo. En efecto, el amor es recíproco. La Palabra de amor espera una respuesta de amor. Estamos invitados a decir con el salmista: “Yo soy tuyo, sálvame” (*Sal* 119, 94).

Las dimensiones de la Palabra de Dios

A la luz de este elogio de la Palabra divina, podemos ahondar y comprender mejor las dimensiones de la Palabra como las presentó el Santo Padre en su discurso a la Curia romana con ocasión de la Navidad, el año 2008. Son también cinco: la dimensión dialogal, eclesial, misionera, ecuménica y pastoral.

Dimensión dialogal

Dios no es un extraño al hombre ni vive despreocupado de él. Dios es amigo del hombre y ha entrado en la historia para hablar con él como un amigo habla con su amigo. Dios es un Tú que apela a nuestro yo en todos y cada uno de los libros de la Biblia, pero especialmente en los Evangelios en cuyo seno el *Logos* de Dios se hace Escritura, como en el seno de María se hizo carne. El lector orante de la Biblia es capaz de desvelar las palabras humanas para entrar en intimidad con la Palabra de Dios en toda su pureza y belleza y entablar con Ella un diálogo amoroso, prolongado y transformante. Si la Palabra no me habla, mi conocimiento de las palabras humanas de la Escritura siempre será superficial y puramente histórico y literario.

Dimensión eclesial

El orante no es una mónada aislada, sin ninguna otra relación. No puede vivir su relación con la Palabra sino en el “nosotros” de la comunidad, de la

Iglesia instituida por Dios. En efecto, la Escritura Sagrada nace de la *Ekklesia*, sea ésta el pueblo de Dios, sea la Iglesia de Jesucristo y de sus Apóstoles que se prolonga hasta el fin de los tiempos. El “nosotros” orante de la Iglesia precede al yo orante de cada uno. La Biblia no es el Libro de individuos, sino el Libro de la comunidad y para beneficio de la comunidad. Fuera de la comunidad eclesial se puede leer la Biblia, pero las palabras de la Biblia no dirán la Palabra; se leerá la Biblia, pero no se “entenderá” porque falta la “mente de Cristo” que se despliega y manifiesta sólo en el interior de la *Ekklesia*. Hoy la Palabra viva de Dios resuena en la Iglesia y desde la Iglesia su eco llega hasta los confines de la tierra, queriendo dialogar con aquellos que no la conocen todavía; con aquellos que, conociéndola no la escuchan, por ser sordos a sus reclamos de amor, de verdad y de santidad; con aquellos que la han acogido y la ponen en práctica, para que sigan acogiendo mejor, viviéndola mejor, dejándose moldear por ella más y mejor.

Dimensión misionera

Para hablar de la dimensión misionera, Benedicto XVI usa la imagen de Pentecostés, símbolo de la Iglesia que habla las lenguas de los pueblos a los que lleva la Palabra. En los inicios de la Iglesia, Pentecostés funge como plataforma de la misión: “Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta el extremo de la tierra” (*Hch* 1,8). El primer Pentecostés nunca fue un hecho cerrado, discontinuo. Se ha prolongado año tras año, siglo tras siglo, hasta el “Pentecostés” en que vivimos hoy los cristianos. La Iglesia es como el cenáculo en el que el Espíritu Santo revive un Pentecostés permanente que enciende fuego en el corazón de los cristianos e inyecta nuevos impulsos evangelizadores en hombres y mujeres de todas las latitudes. El Papa dijo a los curiales romanos: “Pentecostés sigue en marcha. Existen numerosas lenguas que aún esperan la Palabra de Dios contenida en la Biblia”⁸. Predicar la Palabra y vivirla es hoy un grande riesgo, como lo fue en los orígenes del cristianismo. Son muchos los que sufren por la Palabra, incluso hasta el martirio. Pero hoy como ayer los cristianos que lo son de verdad no cesan de decir con Pedro: “Juzgad por vosotros mismos si es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a Él. Porque nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (*Hch*, 2, 19-20).

⁸ Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 22.XII.2008.

Dimensión ecuménica

La Palabra de Dios y el sacramento del bautismo son los dos lazos más estrechos que unen a todos los cristianos. La Palabra de Dios, contenida en la Escritura judía, que es parte de nuestra Biblia, sirve de lazo de unión entre judíos y cristianos⁹. Los padres sinodales y los delegados fraternos experimentaron en torno a la Palabra de Dios, que ocupaba el centro del aula sinodal, una comunión espiritual muy intensa y verdadera, aunque todavía incompleta. En la propuesta 37, los padres sinodales escriben: “Las palabras que el patriarca ecuménico dirigió a los padres sinodales han permitido experimentar un profundo gozo espiritual y tener una experiencia viva de comunión real y profunda, aunque todavía no perfecta”. Y en la propuesta anterior los padres reconocen que “la escucha común de las Escrituras impulsa al diálogo de la caridad y hace crecer el diálogo de la verdad”.

Dimensión pastoral

Con fórmula penetrante y aguda se ha dicho en el sínodo que la pastoral exige un cambio de paradigma: de la pastoral bíblica a la animación bíblica de toda la pastoral. Benedicto XVI expresó la esperanza de que el sínodo influya de modo eficaz en la vida de la Iglesia: “en las relaciones personales con las Sagradas Escrituras, en su interpretación en la liturgia y en la catequesis, así como en la investigación científica”. El primer anuncio, la catequesis, la vida litúrgica y sacramental, la vida de oración, deben ser ante todo y sobre todo encuentro experiencial con un Rostro, a quien puedes mirar en los ojos y sentir que te mira, a quien puedes hablar y escuchar que te habla. Cuando ese Rostro ha calado hasta el fondo mismo del alma, entonces la pastoral se puede traducir en doctrina, mensaje, comportamientos, fórmulas devocionales, métodos de oración, ritos culturales, verdades de fe y de moral. La Biblia debe ser alma de toda la pastoral. Por eso, los pastores y los agentes de la pastoral tienen que recibir una formación bíblica esmerada, científica y espiritual al mismo tiempo, para comunicar con sabiduría y generosidad la Palabra de Dios a todos los que les escuchen. Ningún aspecto de la pastoral ha de quedar al margen de la animación bíblica. Sería una traición tanto a la pastoral como a la misma Palabra de Dios, que es Palabra de salvación para todos los hombres.

⁹Sobre este tema la Comisión Bíblica ha publicado un documento que merece ser leído por quien quiera profundizar esta temática. Cfr PCB, *El pueblo hebreo y sus Escrituras Sagradas en la Biblia cristiana*, LEV, Ciudad del Vaticano, 2001.

Los canales de la Palabra de Dios

El Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios señala algunos canales a través de los cuales nos llega la Palabra divina. Transcribimos la proposición tercera del Sínodo donde estos canales aparecen, aunque bajo la expresión de analogía de la Palabra de Dios:

La expresión Palabra de Dios es analógica. Se refiere en primer lugar a la Palabra de Dios en Persona que es el Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Verbo del Padre hecho carne (cf. Jn 1,14). La Palabra divina, ya presente en la creación del universo y particularmente del hombre, se ha revelado a lo largo de la historia de la salvación y es atestiguada por escrito en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Esta Palabra de Dios trasciende la Sagrada Escritura, aunque Ella la contiene en un modo absolutamente singular. Bajo la guía del Espíritu (cf. Jn 14,26; 16, 12-15) la Iglesia la guarda y la conserva en su Tradición viva (cf. DV 10) y la ofrece a la humanidad a través de la predicación, los sacramentos y el testimonio de vida. Por tanto, los Pastores deben educar al pueblo de Dios para que acoja los diversos significados de la expresión Palabra de Dios¹⁰.

El primer canal de la Palabra de Dios es la creación. Es la Palabra de Dios que resuena en el universo, en los cielos y en la tierra, en los abismos y en las alturas, en las plantas y en los animales, en los planetas y en las estrellas. Sobre todo en la creación del hombre, el único posible interlocutor de Dios en todo el conjunto de la creación.

Otro canal de la Palabra es la historia, los acontecimientos humanos que se han ido desarrollando a lo largo de milenios y en los que Dios ha hecho resonar su voz. De una manera especial en la historia de la salvación, que abarca la humanidad entera, pero de modo particular la historia de Dios con su pueblo, sea éste Israel sea la Iglesia, el nuevo Israel.

El canal por excelencia es la Palabra de Dios encarnada en la humanidad de Jesús de Nazaret, en quien el encuentro y el diálogo entre Dios y el hombre llegó a su plenitud.

Otro canal particular es la Escritura, en la que la Palabra divina, que se ha hecho presente y ha actuado a lo largo de la historia de la salvación, es

¹⁰ Sínodo de los Obispos, XII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Proposición 3, octubre del 2008.

atestiguada por la comunidad de fe que es el pueblo de Israel y el pueblo cristiano, mediante hombres inspirados, miembros de esa comunidad creyente.

Otro canal es la Tradición, en la que la Palabra de Dios tanto oral como escrita se transmite, se conserva, se profundiza, se actualiza, de generación en generación “hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo”.

La Palabra de Dios, que es viva y eficaz, es a la vez eterna y, por tanto, hodierna. La Iglesia entera, pero sobre todo sus Pastores, la ofrecen a la humanidad a través de la predicación (homilía, catequesis), los sacramentos (liturgia) y la vida (santidad).